
Diego Maquieira

poemas inéditos

Gazza Ladra

Empujados por el amor
aunque el amor nos estaba vedado
desnudábamos a las esposas de Coritani
y las sacábamos a pasear en brazos
para bañarlas con la sal de nuestras bocas
para hacerlas felices
Así íbamos y de íbamos como cortejo de vasijas
y por un tiempo no les dábamos un coito
Sólo les leíamos a Fourier y a Richelieu
cuando querían
y les hicimos construir una tina con balcones
para que apoyaran sus pechos en las barandas
Mientras pasábamos delante de una belleza
que ninguna madurez podía compensar
Ma por un bostezo de excedente de guerra
botamos los Harrier y los Rembrandt al mar
y convertimos la cubierta del portaaviones
en la plaza de las delicias
Había vino había uva había pescado
Vivíamos en la holgazanería más desprejuiciada
espíritus magníficos
que sólo existíamos
para la fragua de las almas.

Brando

Queríamos a Brando acá en el bote
queríamos recuperar a Brando
que llevaba siete años de prenda de guerra
encarcelado en la capilla Sixtina
convertida en celda de la conciencia
por los disciplinantes milenaristas
Pero los milenaristas no lo querían soltar
Estaban embelesados con la captura de Brando
y lo hacían pasearse mirando el techo
y con la primera bajada de cuello
amenazaban con agregarlo al Juicio Final
mientras afuera rodeábamos cómo sacarlo
cómo irrumpíamos sin rozar la capilla
Ma seguido de arduas comidas privadas
de bajas recíprocas y de graves daños
y con atentados colosales durante los postres
donde las llamas ensanchaban las sacristías
canjeamos a Brando por un Tiziano
guardado en el mar bajo armamento
para cubrir expensas de gustos caros
Así que así subimos a Brando al Harrier
y le abrazamos la papada en la nave
pero Brando venía difícil y contrariado
venía con la boca mordida de ayunos
y al posarnos suave sobre la cubierta del Cittá Felice
mandó a escobillar su abrigo de sacos
y soltó el racimo que traía en la lengua:

Prescindiré del alcohol, de las pastas
de los insuperables excesos del desengaño
y de las mujeres más para amarlas
Pero no cruzaré el desierto
para hacerme perdonar
el dolor inmotivado que he infligido

No fornicaré, no me deleitaré
ni me pondrán de rodillas
No quiero ni demostrar, ni sorprender
ni divertir, ni persuadir
Aspiro al fin de mí mismo en vida
y sin la constatación de mi muerte
Nadie me volverá a ver en mil milenios
El tiempo se está acabando. Es serio
Los dura sangre y las orugas de la miseria
no cejarán hasta devastarme. Lo sé
A un hombre como yo no puede dejársele vivo.

El rapto de la catedral

I

Veníamos en nuestros Harrier desblindados
en descenso vertical continuo
volando parados de frente
desde donde las cavernas del firmamento
absorbían corrientes curvas
de otras mentes más desapercibidas
Veníamos a llevarnos la catedral del Cuzco
a alta mar la mansión de Dios subida arriba
de nuestros portaaviones El Caravaggio
Cuarenta anclas con cadenas de espesor
comenzaron a arrastrar la catedral
mientras la levantábamos con los Harrier
por ocho costados desde los cimientos
para que pesara como un Lipchitz

Y mientras la sacábamos del Cuzco a remolque
íbamos dejando un cráter de ancho rastro
que cabía una doble fila de ríos jordanes
hasta que metimos la catedral al mar
rodeada de boyas
y ayudados por esclusas contra mareas
la subimos a cubierta para zarpar
Y por durante la mañana de anoche
con la catedral ya arriba de El Caravaggio
y con el mar soltando las amarras
entramos los Harrier a la nave central
y los hacíamos volar por dentro
y pasearse en el aire y como muy educados
haciéndoles visitas a los santos.

II

Ya allá desplazándonos de mar a mar
después de haber volado al filo del infinito
y desde sobre el espacio exterior
donde quedaba el cielo invisible
y de mil meses de andar solados
en contra el cautiverio de las zozobras
y aunque no sabíamos lo que hacíamos
de nuevo dimos a fraguar la eucaristía
de subir a nuestros desasosegantes Harrier
con sensores de guía afinada y refuerzos
y llevar al fin la catedral a la desconocida
volando a muy altas descargas de iridio
y ahí sujetándola en medio de las estrellas
ver salir a Dios de sus confines
mientras metidos en la quilla de El Caravaggio
vivíamos el amor con agravantes
y hacíamos olas que se levantaban
del mar como espaldas de hombres salvajes
sacudiéndose la vida.

El deleite vedado.

Echados sobre las gradas del portaaviones
y gozando de nuestro espíritu de disciplina
y con faroles en la cubierta de vuelo
emplazada como un atrio sobre el mar
leíamos a Horacio para mantenernos
sobrios y medidos
mientras no hacíamos mucho
ante el infierno fatigante de los Mirage
Esos camotes doctorados en dogmas
que venían a arruinarnos el menú
Pero ahí, por gusto, por impaciencia severa
falseábamos la epístola original
la dejábamos casi sin lengua
y yo mismo hacía los arreglos:
Subamos a las cabinas de los Harrier
antes de haber digerido las ostras
aún hinchados de vino Bellaterra
Olvidémonos de lo que es decoroso
y de lo que no lo es; qué más da
Hagámonos dignos de ser inscritos
en las bellas listas de los repudiados
bien así como los viciosos remeros
del celtense Coritani,
que al deseo de la patria
prefirieron el deleite vedado
Complacidos con esta tenue recitación
recuperábamos la vara alta, Luchino
recuperábamos nuestra punta de puñal
y nuestro horror a las honras.

La batalla a nado

Estábamos ya mórbidos de bombardeos
y de irnos de injurias con los milenaristas
que acordamos dar comienzo a la batalla
a nado de mil mujeres con hombres
que se tiraban al agua mil por lado
y con jesusos atados a la espalda
para que guerrearán de pie sobre el mar
Vivíamos en el lujo de las hostilidades
Los hunos sacaban sus cañones con bañeras
y nosotros montados en claraboyas venecianas
que parecíamos un estruendo de zozobras
Las olas se subían y bajaban con sogas
y los portaaviones usados como mesetas
Sólo se daban golpes altos a la mente
y los polvos a las ostras estaban vedados
Ma para darle más soplo a los espíritus
los Harrier iban remolcando el mar
iban en vuelo de traslación curvando subidas
y dando bamboleos retroactivos ingravidos
que hasta podían soltar las alas en el aire
y volver a ponérselas más arriba.

Epifanía

Después de haber fundado el porvenir
pasamos a ver a Poe a su tumba
para que nos hiciera un hueco.

Por Enríquez

